

RAZONES PARA ESCRIBIR

Soledad PUÉRTOLAS

(...) La pregunta no era: ¿Por qué se escriben novelas? sino: ¿Por qué existen las novelas?, ¿qué es lo que las hace necesarias, si es que lo son? Debíamos trascender nuestros estrechos puntos de vista para pasar al otro lado, el de la objetividad, el de la historia.

Éste es, sin duda, un aspecto muy interesante de la cuestión, aunque los escritos tendamos a centrar nuestra atención en los otros. Y la pregunta, de todos modos, estaba mal formulada. Pero supongamos que hubiera estado correctamente bien formulada, que nos hubiera instado a contestar a la grave cuestión de: ¿Por qué existen las novelas? No me siento con fuerzas para hacer un resumen de la historia de la literatura, ni siquiera de realizar una fugaz inmersión en el remoto tiempo del nacimiento de la épica y del más cercano de los orígenes de la novela, pero ahí está el hecho: historias que se propagan, libros que se leen en voz alta, libros escritos esmeradamente a mano, y, finalmente, libros impresos extendidos por el mundo. ¿Qué es lo que le sitúa en ese lugar privilegiado, tan cerca del lector?, ¿qué se busca en ellos?, ¿qué se les pide?, ¿qué papel ocupan?

Por raro que parezca, quien está menos capacitado que nadie para encontrar una respuesta correcta a estas preguntas es el autor de uno de esos libros. El hecho de que, al escribirlo, haya trazado la mitad de una curva hacia el encuentro con otra persona no lo capacita para conocer las razones de la existencia del punto de encuentro. Existe ese punto de encuentro, y al autor siempre le parecerá mágico y, hasta cierto punto, casi injustificado, inmerecido. Si enfocáramos nuestra mirada sobre el otro lado de la curva, la reacción del lector, nos encontraríamos con respuestas tan diversas como las del escritor. El punto de encuentro parece más un nudo corredizo que un lugar prefijado e inmóvil.

No deja de ser curioso, como señalaba en una entrevista el escritor suizo Dürrenmatt, que la pregunta "¿Por qué escribe usted?" se haga reiteradamente al escritor y que no se formule la correspondiente a un pintor o incluso a un músico: "¿Por qué pinta usted?" o "¿Por qué compone música?". El lenguaje, las palabras, están claramente cargadas de un mensaje moral, por eso nos preocupan tanto. Puede que no haya nada que salve del peso de la moral, pero el lenguaje ha sido el instrumento más revelante para la interpretación y dominio del mundo. Y de ahí la permanente intriga: quien escribe una novela está de nuevo interpretando ese mundo, y concibe, sugiere o persigue, con más o menos ingenuidad, solemnidad o ironía, una nueva forma de dominio. Por eso, a pesar de todo lo que se ha escrito y se ha leído, nada es bastante, y la pregunta se hace una y otra vez. Se sigue diciendo desde las alturas de los organismos e instituciones culturales que leer es importante, esencial, en nuestra formación. Tal vez porque aunque las grandes verdades son siempre las mismas y han sido formuladas desde hace años, las preguntas no pueden cesar y uno siempre espera un tipo de respuesta en la escritura.

Pero la literatura, en realidad, nunca da respuestas, y si las da, lo hace de un modo relativo. Plantea las preguntas de siempre de una forma que parece nueva. Puede, entonces, que se escriba y se lea para no dejar que la pregunta cese y, al hacerlo, autor y lectores no hagan sino responder a un plan

general que, por encima de la voluntad humana, haya sido trazado en alguna parte desconocida. Se escribe y se lee como si fuera parte desconocida. Se escribe y se lee como si fuera parte de destino, como si estuviéramos obligados a construir un mundo fuera del que tenemos. Hasta cierto punto, nuestras motivaciones resultan irrelevantes. El ser humano parece estar obligado a inventar otra historia. En esa otra historia se retrata: en ella quedan expresadas sus ambiciones y su descontento, y su necesidad de huir y de aventura. A través de todas las épocas, estas historias eternas, siempre diferentes, llegan hasta nosotros para conformar la naturaleza de las aspiraciones y dilemas de los hombres.

(...) Todas las historias que el hombre inventa, con finales felices o desgraciados, triviales o trascendentes, nos comunican lo mismo: la incertidumbre de nuestra condición. Herederos de Sherezade, los novelistas nos debatimos en esa incertidumbre. Esa es, tal vez, la misión de la literatura y la razón de la existencia de las novelas.

**Extraído de "Invitación a la lectura (1985-1995)".*